

Ahí viene Obama

Gabriel Guerra Castellanos

Tras ocho largos años en el desierto figurativo de la desatención estadounidense, nuestro país súbitamente está de nuevo en el mapa. En Washington le dedican tiempo a pensar en México, los medios de comunicación le dan espacios con los que sus corresponsales ni siquiera soñaban hasta hace poco, y los "mexicanólogos" están de moda otra vez.

La próxima visita a México del presidente Barack Obama se inscribe dentro de esta renovada atención, que debería alegrarnos a quienes durante tanto tiempo hemos abogado por un relanzamiento de la relación bilateral, y que nos hemos preocupado por la ausencia del tema en la agenda de nuestros políticos, nuestros empresarios, nuestros académicos...

No es por ser aguafiestas, pero el redescubrimiento de México por los estadounidenses no necesariamente cuadra con lo que yo al menos tenía en mente cuando argumenté que el olvido y el descuido a la relación más importante que tenemos con el exterior tendrían consecuencias negativas para el interés nacional y para la región de América del norte.

Son muchas y muy variadas las razones que nos llevaron a ese estado de cosas y no pretendo enlistarlas en este texto, en parte para no ser repetitivo y en parte para poder dedicar el corto espacio a lo que creo más importante: el qué hacer en adelante si es que queremos restablecer la política exterior como una de las herramientas que tiene México en sus intentos por salir de la bastante deplorable situación en que se encuentra.

La utilidad para las naciones de la política exterior debería ser obvia al grado de volver irrelevante el hablar de ella. En el caso de México, no es así: durante las últimas décadas la diplomacia ha sido vista como una distracción, como un asunto que en el mejor de los casos es lateral y en el peor es una pérdida de tiempo. Lo vemos en el magro y secundario espacio que muchos medios le dedican, en el desinterés con el que muchos políticos y empresarios la tratan, en la simpatía que raya en compasión de la academia, que la tolera más por el qué dirán que por su valor intrínseco.

Los hombres y mujeres que han dedicado sus vidas al quehacer internacional son, en nuestro país, más fácilmente vistos como excéntricos que como visionarios. Extraño, para una nación que ha vivido amenazada desde el exterior toda su vida independiente y que supo hacer en

el pasado de la diplomacia y del derecho internacional armas de defensa que mucho le sirvieron, a falta de poderío militar, para sortear las amenazas que invariablemente surgían más allá de nuestras fronteras.

No deja de ser paradójico que hoy que el mundo es cada vez más interdependiente, que la globalización y la globalidad avanzan, que no hay nación que pueda vivir al margen, muchos en México se den el lujo de ignorar lo que a su alrededor acontece, o que si acaso le dediquen tiempo y atención sólo cuando una necesidad urgente así lo requiere.

La visita de Obama es una de esas ocasiones en que la urgencia puede fácilmente ocultar la importancia de pensar en el largo plazo. La siempre difícil y compleja vecindad entre México y EU abarca tantos y tan variados temas que no pueden ser fácilmente condensados y comprimidos. Washington lo ha hecho así porque para ellos el interés primordial en estos momentos radica en el tema de la seguridad fronteriza, ante la cada vez más clara amenaza de un desbordamiento de la violencia ligada al crimen organizado y al narcotráfico.

Así como en el sexenio pasado se enfatizó en exceso la posibilidad de una reforma migratoria que resultó como todos sabemos en un espejismo, ahora pareciera que todo el foco se coloca sobre el tema de la seguridad y la cooperación en la lucha contra el narco, cuando hay múltiples otros asuntos que tienen tal vez menor visibilidad pero no menor importancia para nuestros intereses.

En un libro de reciente aparición, el destacado analista-funcionario-editor Leslie Gelb analiza los retos de la política exterior estadounidense y aconseja a su nuevo presidente —un poco al estilo de Maquiavelo en *El príncipe*— que se concentre ante todo en tener una estrategia clara y definida en materia internacional, que no permita que acontecimientos y circunstancias le dicten su política exterior.

El libro de Gelb, *Power Rules (El poder manda)*, será seguramente lectura obligada en los círculos del poder estadounidense y debería serlo también en México. Aquí no nos hemos dado cuenta de cómo piensan nuestros vecinos, ni tampoco de que al renunciar a la estrategia nos condenamos, como en tantos otros aspectos, a vivir al día.

Es hora de despertar.

gguerra@gcya.net

www.gabrielguerracastellanos.com

Analista

